

*Le désir de disparaître\**  
*Jean-Pierre Otte*

TRADUCCIÓN DE CARMEN CORTÉS GARCÍA  
Universidad de Extremadura

### El deseo de desaparecer

¿Quién no ha tenido nunca ganas de desaparecer? ¿Quién, andando por las calles de una ciudad, no ha sentido ese deseo repentino, imprevisible, de desaparecer sin dejar rastro? ¿Quién no ha acariciado esta alocada idea hasta convertirla en obsesiva, ineluctable? En fin, ¿quién no ha experimentado el deseo ardiente de no volver a sentirse bajo la mirada de los demás, de romper con la vida poco satisfactoria que llevaba, de romper con sus obligaciones, sus trabajos, sus amores, de dejarse ir a pique, como un submarinista, y reaparecer en otro lugar, bajo otra identidad, en otra vida?

Estás en Ostende, en la playa, con tu mujer, tus hijos. Miras a lo lejos, y tu mirada es como el vuelo de un pájaro marino. Después miras a tu alrededor, a los tuyos. Coges entre los dedos las gafas de bucear, lentamente te levantas, caminas hacia el mar. Te quedas un momento en el borde, infinitamente recogido, infinitamente silencioso, antes de sumergirte en el agua y de echarte a nadar mar adentro. En la playa, creen que es una tontería, un juego, pero como tú sigues obstinado en nadar mar adentro y como enseguida no eres más que un punto en el horizonte, se inquietan. Envían a rescatarte una lancha motora, pero la lancha motora volverá vacía.

Yo he sido testigo de una de esas desapariciones.

Con 22 años, sin recursos, sin dinero, sin haber publicado casi nada y pensando que sería preferible primero «envejecer» un poco, yo trabajaba en una agencia de seguros. Recuerdo perfectamente el amplio local acristalado sobre el cual los árboles del paseo reflejaban sus ramas imprecisas y negruzcas; recuerdo los teléfonos y los timbres intermitentes, el ruido de las máquinas de escribir, los archivos, los ficheros, las carpetas, el humo de los cigarrillos que entenebrece poco a poco todo hasta las cinco de la tarde.

---

\* «Le désir de disparaître» in Jean-Pierre Otte, *Celui qui oublie où conduit le chemin (Voyages autour de ma maison et dans les villes)*, Robert Laffont, Paris, 1984, pp. 169-176.

En medio de tantos rostros de contornos difuminados, recuerdo un rostro de marfil, delgado, huesudo, con un perfil de pájaro y unos ojos impenetrables, negros, como tizones. Era el rostro de un empleado sin problemas al que llamábamos Matthieu Lasenberg, por su pasión por coleccionar y «hojear» almanaques, cuando el trabajo dejaba un poco de tiempo libre. Sabíamos por otras fuentes – porque él no hablaba nunca de sí mismo – que tenía un piso en la ciudad, una mujer desabrida, dos hijos, un *Fiat* azul oscuro, y que pasaba cada año sus vacaciones de julio en una ciudad balneario del mar del Norte.

Al abrir sus almanaques, su rostro se iluminaba; sus ojos brillaban; se hundía entre los signos, las lunas blancas y las lunas negras, los amaneceres y las puestas de sol, las previsiones atmosféricas, los fenómenos naturales, los pronósticos y los presagios, los consejos prácticos, las lluvias, los granizos, las escarchas, las floraciones, el paso de los pájaros, el tiempo de las siembras, el mejor momento de cortarse el pelo, de cortarse las uñas, de injertar los árboles del huerto.

Entre las diez y las once, los empleados tenían la costumbre de hacer una pausa en los vestuarios. Leían en los periódicos los resultados deportivos y los informes de las conferencias de alto nivel.

Una mañana, yo estaba allí solo con Matthieu, cuando de pronto, me dijo:

- El mundo no tiene peores enemigos que todas las mezquindades, las arrogancias, las hostilidades. Todo esto devasta seguramente más el planeta que todos los cánceres, los incendios, los cataclismos naturales!...

Algo torpe y notablemente sorprendido, no se me ocurrió otra cosa que decirle sino lo siguiente:

- ¿Sabe usted, Matthieu, que esas ideas están en *El salvaje* de Tchekhov, antes de que él mismo las retomara en *Tío Vania*?

- ¡Al diablo Tchekhov! lanzó él, ¡al diablo Tchekhov!

En ese preciso momento alguien entró en los vestuarios, y él se calló. Regresamos a la oficina, como si nada hubiera ocurrido. Yo lanzaba miradas furtivas para intentar descubrir el secreto de ese hombre que, en este momento, clasificaba meticulosamente pólizas de seguros.

Una mañana, Matthieu no apareció por la oficina. No nos preocupamos. Con la ola de frío llegada bruscamente, las infecciones de garganta se propagaban con

facilidad. A mediodía, vimos llegar a una mujer enloquecida, fuera de sí, pálida, horrorizada, con el cabello despeinado y con un impermeable puesto precipitadamente por encima del camisón:

- Cómo, dijo, ¿que Matthieu no está aquí? No ha regresado a casa en toda la noche. ¡Es algo impensable en él! ¡Ha debido de ocurrirle algo!...

La búsqueda no sirvió de nada. Ni las investigaciones, las declaraciones de posibles testigos, ni el rastreo de canteras abandonadas y de esclusas en cuyas puertas terminan atrapados los cuerpos de los *ahogados pensativos*. El expediente fue archivado en el registro de desapariciones. El abismo hizo sentir su vértigo, después todo cayó en el olvido. Yo mismo dejé, algo más tarde, esa oficina de seguros y no volví a pensar en Matthieu Laensberg. Ahorrando algo de mis pagas mensuales, había logrado reunir un poco de dinero – lo justo para vivir algunos meses sin tener que ocuparme de otra cosa más que de esta efervescencia fabulosa en mi interior y consagrarme a escribir. Encontré a la mujer que se convertiría en mi esposa, y redescubrí el mundo a través de su ternura y su transparencia. Pasaron doce años, plenos, fecundos, maravillosos, durante los cuales publiqué mis primeros libros, escribí con regularidad crónicas para los periódicos, acometí reportajes para la radio y conté «Historias del placer de existir» en la pequeña pantalla, compartiendo en adelante mi vida entre dos lugares: la primavera y el verano en Haute-Ardenne, en las colinas y los valles plasmados en la materia de un cristal oscuro; el otoño y el invierno en Languedoc, en un pueblo rodeado de vides, de monte, de olivos algo desordenados.

En cada una de nuestras estancias en Languedoc, por devoción a Paul Valéry, pasamos un día en Sète. Visitamos el cementerio marino, «*les toits tranquilles où marchent les colombes, où tant d'ombre est tremblant sur tant de marbre*».<sup>1</sup> Después de este recogimiento y del silencio que se ha instalado en nuestro interior, bajamos a la playa, paseamos cara al viento, y terminamos la jornada con una *Soupe de poisson*<sup>2</sup> en un restaurante del puerto.

En verano, la playa de Sète es un sufrimiento y un aburrimiento, la travesía de un túnel de fuego, donde el agrado consiste en desnudarse y exponerse, en no ser ya nada al mismo tiempo que no se hace nada. Bajo la aplastante reverberación de la luz en llamas, el sol pega con grandes golpes de paleta blanca y ciega, y las olas rompen *comme des cavaleries d'écume*.<sup>3</sup> Descubrimos, con una agudeza que no se encuentra

---

<sup>1</sup> N. T.: «los tranquilos tejados por los que pasean las palomas, donde tanta sombra está temblando sobre tanto mármol».

<sup>2</sup> N. T. : «sopa de pescado».

<sup>3</sup> N. T.: «como caballerías de espuma».

en ninguna otra parte, hasta qué punto el porvenir pertenece a la anestesia y a la anafrodisia. ¿Qué otra cosa se puede hacer en una playa sino exhibirse? como una placa fotográfica con su emulsión sensible expuesta violentamente al sol. Todos los elementos de un universo interior que solamente puede enriquecerse en la sombra y el silencio, son quemados por la acción del sol. El traje de rigor es reducido a su más simple expresión: monoquini, triángulo de tela elástica, exiguo y esencial. Nada de gafas negras, porque restituyen la noche, la intimidad, el oscuro frescor de los claustros. Los pechos están desnudos y no le impresionan a uno, incluso le aburren, tantos pechos, «tant de coupoles, de bols blancs et de coquillages»<sup>4</sup>: es como si se hubiera extraído de ellos toda la sustancia sensual, toda la emoción erótica. Uno tiene la sosa impresión de pasear en un hospital de arena irisada y de llamas, en medio de seres andróginos, con los pechos insensibilizados. Este mundo expuesto al sol, es la existencia epidérmica, lo profundo reducido a la apariencia, a la forma que se perfila, a una silueta privada de calor humano, asexual, y sin deseos. En el entorno de nalgas embadurnadas de ungüentos solares y de senos brillantes *d'une fausse sueur d'or*<sup>5</sup>, se aprecia a veces, a lo lejos, un nadador que se ha alejado; tiene unas gafas de bucear y descubre con encanto, bajo el cristal agitado del agua, los abismos marinos.

En invierno, con viento o con sol, la playa está desierta, sólo con unos pocos paseantes envueltos en impermeables y abrigos de lana, y es un placer seguir el borde del mar, la arena centelleante engarzada de conchas, las olas que se enroscan, se desrizan y se alargan rompiéndose en haces brillantes. El aire está preso en una copa de reflejos azules; el viento sopla en ráfagas, golpeando el rostro, horadando la ropa. Se camina con un rostro evanescente, con los ojos húmedos. Los perros andan haciendo eses, con el hocico a ras de la playa. La noche cae pronto, de golpe, cuando el sol cargado de oro y de brasas rojas desaparece en medio de las aguas. Entonces el cielo está de un color negro de hollín, sedoso, y se pueden ver los caminos de las estrellas. Regresamos hacia el puerto, acompañados de un chapoteo hueco de espuma y de platillos ensordecedores.

Aquel invierno del 81, bajamos a «L'Oursin d'Or». Los pescadores, que regresan de la pesca de la noche, se apresuran, despidiendo olores de jarcias, de sal, de escamas de pescado. Yo me abro paso para buscar una mesa, cuando, al verme, un rostro se estremece. No me hubiera dado cuenta de otra forma, pero ese sobresalto rápido llama

---

<sup>4</sup> N. T.: «tantas colinas, tantos montículos, tantas manzanas»

<sup>5</sup> N. T.: «con un falso sudor dorado»

mi atención. Se me corta el aliento, y, en la punta de los labios, me oigo decir separando cada sílaba:

- Al diablo... Tchekhov...

Levanta hacia mí unos ojos amedrentados, una boca abierta de estupor, desconcertado, estupefacto al ser tan de repente sorprendido en su nueva existencia. Necesito una eternidad – incluso si esto ocurre en una fracción de segundo, en un raptó rápido en el interior del tiempo – para restituir a lo que no ha sido en principio más que una chifladura o una aparición fantasmal su realidad física. Parece hecho de una luz del más allá, de una materia impalpable, mística, surreal, desvanecida en el tiempo y el espacio, y recogida allí como una imagen obtenida por refracción. Tiene el mismo rostro de marfil blanco, los mismos ojos pequeños, impenetrables, alertas, como tizones, el mismo perfil de pájaro, las mismas manos; lo que ha cambiado, es el brillo, como si una claridad lo iluminara desde dentro. El placer de existir, cuando se adueña de un ser, se manifiesta y se imprime en sus más mínimas palabras, sus mínimos gestos, hasta en la vivacidad de sus ojos y de sus dedos, y la plenitud de su piel.

Por un instante, a su imagen actual, le sustituye la que yo había conservado de un hombre insignificante y sin historias, dedicado como un insecto a clasificar pólizas de seguros. Está junto a una estupenda mestiza, llegada de las islas, cuya piel brilla, suavemente oscurecida, con una luz de noche de verano.

Matthieu cambia de parecer:

- Siéntese a nuestra mesa y comparta nuestra comida, dice, le presento a Lola.

Lola nos sonrío y su densa sensualidad de mujer se manifiesta en sus labios, en sus ojos de noche grande, sus cabellos rizados, y ese vestido abigarrado que ella luce como si hubiera ido a revolcarse completamente desnuda en un sembrado lleno de amapolas.

- ¿Sabe usted, Matthieu, dije, que se ha removido cielo y tierra para tratar de encontrarle?...

Sus ojos se alumbraron con una chispa traviesa.

- Es que he pasado a otro mundo, dijo, cogiendo entre sus dedos, como un mango, la mano redonda de Lola.

« Esa noche, cuenta, regresaba a casa. La noche era oscura. Yo iba por la orilla del río; bajo la luz, el agua brillaba como si fuera barniz negro, con un suave balanceo, y reflejos azulados de manchas de gasoil. Me asomé por encima; todo el futuro estaba allí en esa mancha negra que no reflejaba nada, ni tan siquiera mi rostro. Saqué el almanaque que llevaba siempre conmigo, como un talismán, lo abrí, y me pareció como si mis ojos lo vieran por primera vez. Los signos, las previsiones atmosféricas, los ciclos, los presagios, los horóscopos, se revelaban con toda su intensidad como los elementos herméticos de un jeroglífico misterioso. En ese momento todo ocurrió muy rápido. Anduve hasta la estación, cogí el tren nocturno que baja hacia el sur. Me arrellané contra una ventanilla, y allí, en la doble oscuridad de la ventanilla y de la noche, sobre mi rostro reflejado, me conté historias vanales. Acabé adormilándome. Me desperté bajo la caricia cálida del sol que rozaba mis mejillas; abrí los ojos como platos; una seda deslumbradora me inundaba todo el cuerpo. Anduve hasta el mar...

Me acosté al borde de las olas, *les genoux relevés, la tête rentrée, dans la position d'une fusion avec les éléments*<sup>6</sup>, dejando que mi ser se llenara del clamor continuo del agua y del resplandor de la espuma, entregado a la boca del mar cuyos labios aspiraban todo mi cuerpo en un movimiento de succión ávida. Levanté la cabeza: el sol giraba en lo alto como un milano blanco. Tuve hambre y busqué mariscos en las calas, y más tarde, en el interior, higos que colgaban como lámparas de tinta azul, espesas y pegajosas de azúcar. Tuve sed, encontré vides y exprimí un racimo de uvas blancas en mi boca. Al final de la tarde, me deslicé al interior de las olas, tendiéndome después sobre la arena caliente. El sol secaba, apretándolos contra mi piel, los rastros de sal dejados por el mar. Vivía en un poema de Homero. Naufragado, había conseguido llegar a otra orilla de mi ser.

Un día, bajé hasta el pueblo más próximo. Anduve en medio de rostros, ventanas, coches, como si estuviera en medio de las olas del mar. Quedé aturdido por una mancha de color, abrí los ojos de par en par: era Lola. Gritaba alegremente el nombre de los erizos, de los mariscos, de los peces del fondo del mar. Ella percibió mi mirada y sus ojos vinieron a anidarse en los míos. Después volvió a gritar el nombre de sus peces más alegremente todavía. Esa noche, bajamos juntos hasta el mar, y todo lo que yo era, todo lo que había sido, a través de ella, de sus ojos negros, de su piel oscura, se tornaba en lo que soy... Al diablo Tchekhov!...» añadió estallando en una fresca carcajada.

---

<sup>6</sup> N.T.: «con las rodillas dobladas, la cabeza entre las piernas, en una posición de fusión con los elementos».